

Bach para sentirse bueno

*Lorena Ventura Ramos**

I

Aquí,
bajo la llovizna donde alguna vez crecimos,
—y creciste—
resurge aquel sol en que nuestra manos,
juntas,
cayeron sobre el mundo.

(Ahora ya he aprendido
que el pasado de la lluvia es siempre vertical
y sucesivo;
y que el descenso acostumbrado de una gaviota sobre el mar
es todavía más que hambre:
la expresión repentina de la gravedad).

Entonces el amor
—esa neblina húmeda de los faroles en la lluvia,—
se instaló en la pintura fría de mis huesos
y en los recodos blandos de tus alas de gárgola mojada.
Y hoy,
que ya hice de las aves mis asuntos,
saludo
—sin ti—
al horizonte que dibujo con la mano.

(Tu ausencia sería un animal menos salvaje
si hibernara todo el tiempo)

* De la carrera de Lingüística y Literatura Hispánica de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Ganadora del Premio Nacional al Estudiante Universitario “José Emilio Pacheco”, categoría poesía, organizado por la Secretaría Académica y la Dirección General Editorial de la Universidad Veracruzana.

Y ya no me da la gana
de decir, siquiera, ni dónde estoy parada
(no es el viento el único sin domicilio).

Te miro, pues,
pero los retratos no son huellas certificadas del pasado,
sino oscuras formas de experimentar el alborozo de un abrazo.

Ahora la existencia no transcurre con la eficacia extraña de la dicha,
sino con el desorden de la niebla,
que todo lo enumera, con su inventario de algodón,
mientras avanza.

Y sólo por el relámpago tengo noticias de los huesos de la noche.

Aquí te llamo.

II

Apenas ayer
la vereda deparaba el movimiento de una estrella.

A uno y otro lado del asfalto,
con su enredado polvo
de gis iluminado,
la belleza, itinerante, quedó escrita.

Era de noche.

Una luciérnaga encendió el vértice del mundo,
y como un relámpago
—metálico en su ritmo—
tu corazón se dibujó sin desparpajo.

El cosmos habló en lo posible de una estrella,
y en un fragmento de metal ligero,
que al amanecer se dispersaba
al reverso de tus pasos.

III

Otoño:
apagar la luna y zarpar.
De camino los relámpagos
–entrañas minerales de la noche–
y luego el ruido:
chapoteo del corazón deslumbrante
en su lenguaje de líquido nocturno.

Hacia la miel oscura de tus alas va mi ánimo.

Ayer como vidrios rotos cayeron las estrellas
y entre tu amor y el mío
se alzó el sonido violento del crepúsculo.
Desde entonces
¿qué he sido yo sino mi nombre?

Aquí estoy en el mundo con mi glacial destino.
Caída una vez más en la rendija de la noche.
y mi historia está hecha de tu sangre de dos modos:
mitad luz y mitad ceniza.

¿Qué ha sido mi cuerpo sino una casa demasiado grande?
¿Qué ha sido esta pena sino el universo en dispersión?

En la memoria de los días marchitos tú me aguardas.
Indescifrable y con las aves a punto voy llegando,
fosforescente en medio de la niebla
(y sólo la tinta del olvido es indeleble).
Lejano ya el silencio, atravesado por su propia espina,
las estrellas volvieron a elevarse.
Va hacia ti mi canción itinerante.

Pero la luna
–recodo glacial hecho de escarcha,
instante de música-ceniza–
una vez más resbalará sobre la nieve.
y en la pradera, vestida de amarillo,
cundirá tu iluminado olor a trementina,
atrás el sol desplomado en espirales.

Teñida de lluvia,
mordiéndome mi corazón
como si no quedara más pan entre mis manos,
he venido a darle una mano de pintura
a las letras calcinadas de mi nombre.
Aún le duelen a la noche los relámpagos.

IV: Elegía

Sitúo, por ahora, tu larga ausencia en el olvido.
Esta noche puedes oírme después de tanto tiempo:

Fantasma azul, llenas –loco de música– las grises horas.
Tu traje de botones me aprisiona y tus manos no me tocan.
Has extraviado el tacto mientras llegabas,
yo me asemejo a un ángel y tu piel me es ilegible.
Aun así, tu naturaleza no difumina mis instintos.

Aprovecho para instruirte en *otras cosas*:

Anduve preguntando a los flamings por tus pasos,
una tarde en que el crepúsculo no ardía,
pero la impaciencia distrajo mi voz
y una caja con libélulas me acompaña desde entonces.

Una pantera cumple su destino y sacia mi frío.
(Atónita de ti, sé que puedo respirar en cualquier parte).

Entre esta sobrepoblación de mañanas escoge la fecha
que buscabas.

Permite que mi cansancio se aloje sobre tu frente.

“Las estrellas necesitan armonía”, dijiste y te marchaste;
Mi canto sólo sirvió para fomentar la obstinación del fuego
en las luciérnagas.

Tenía pensado odiarte, pero es tarde; tus ojos
ya todo lo han sitiado.

(Mi soledad se volvió suicida desde tus ojos).

Hoy vienes, mi corazón a través de tu pecho se acrecienta
(mientras sacudes tus alas a mis espaldas):

traes el fragmento que resarciste de la luna,
un extraño color que nombras “púrpura”
y el cotidiano olor a ropa limpia de tus brazos.

Cuando amanezca fantasma, el desvanecimiento que te invada será
templado.

Un llanto preciso y silencioso me sucede,
(Si me besaras tendría un motivo para cerrar los ojos).

Mañana tendré que amarte mediante la escarcha de algún oso
(Y es que te pareces tanto a las cosas que yo amo).

Escucha:
Me instalo en tu corazón, a partir de esta noche.
Bach para sentirse bueno

Aquello que me fue llenando desde el fondo
era su música.

Lo sé porque algo de mí fue quedando entre los árboles,
Algo distinto de la lluvia,
Que no era trueno
Ni rumor de pájaro
Ni el aleteo negro de la ira.

El viento era una oleada de cristales rotos que un ángel,
apresurado por la niebla, levantaba.
La tarde: un tumulto de estrellas imprecisas.

Para quien el amor es un colibrí dormido entre sus manos.
Para los murciélagos, hojarasca de la noche,
en cuya piel rechina la luna
(Los murciélagos, atados a una rama, entienden al revés la noche
y cuando duermen son partidarios unánimes de la gravedad.
Y su amor es ciego).
Para el que sacó de su bolsillo la felicidad y la puso de mi parte.
Para los caracoles en su amor paciente:
espiral de aire cayendo en la floresta.
Para el muchacho cuyo recuerdo con el paso de los días
se me ha vuelto transparente.

Para quien cada noche es una afrenta.
Para la luna, que con su ritmo esférico limpia
 el pecado inmenso de la noche.
Para la primavera,
 porque antes de sus pasos todo estaba abandonado
(Esta mañana vino la cuchara de una abeja
 a averiguar algo entre las flores).
Y para todo lo que viene, que seguramente será rosado.

Aquí está su canto de pan y leche caliente, de llovizna y animal dormido.
De fugitivo resguardado.
Aquí está su sombra de hombre sentado en el filo del crepúsculo.

Ahora sólo queda esperar el claro y sencillo chapoteo,
ruido hecho de mineral de cosmos,
ronroneo de felino fatigado,
arena-ritmo de girasol marino.
Para sentirnos, como en la prehistoria, buenos.

Y tener cuidado para acallar el tren ruidoso en nuestro pecho.
Y no despertar a nuestro ángel de la guarda.